

## El viejo y la gloria

Escribe: LUIS NAVARRO

Inaprehensible, indiferente más allá del bien y del mal, el viejo no solo ya escamotea las pistas sugeridas para su busca y captura por el tribunal internacional de críticos, filósofos de la cultura y periodistas, sino que confunde las propias leyes naturales biológicas desvirtuando su vigencia, estableciendo el estado de excepción a la inexorabilidad del tiempo. Detrás de los parapetos el viejo mago se oculta, reaparece y vuelve a desaparecer dejando luminarias y signos nuevos que protejen su ausencia, el margen justo de su interpretación. Cuando el resplandor agoniza y el símbolo se libera y los profetas se inclinan sobre las balaustradas para dar fe racional del prodigio y sorprender el dorso de la llama, el viejo prende fuego en otra esquina y los atisba con el ceño socarrón, burlador de su sombra. Sombra frondosa y densa que no han podido podar sesenta años de hegemonía absoluta, de inflexible dictadura artística.

El viejo sabe que no se le discute, que es omnipotente, pero que se le acecha a cada vuelta de los años para medir su vigor, calibrar su energía, controlar el funcionamiento de su savia creadora, comparar sus rigores. Un fallo, un mínimo fallo de pulso puede provocar el pito de alarma que acabe con su reino. Millones de ojos al acecho, miles de plumas listas para firmar el dictamen irrevocable que le arrebatará cetro y corona para siempre. Alertas todas las rotativas del mundo para atrapar la primicia de rey muerto o destronado. El sucesor no importa —si lo hay—; lo grave es la fecha dramática que acuñe el “hasta aquí”. Luego se cantarán sus hazañas, se entonararán los habituales panegíricos y las rituales odas en su honor, pero en los verbos en tiempo pasado. Recapituladas sus obras con una lápida flamante de mortaja en cualquier muro, un sorbo de champaña y una frase brillante de ocasión, se celebrará el *sic finis*, el límite vital del genio.

El héroe de Rostand le cede la respuesta: “No, gracias”.

Al león cachorro le han echado Braques, Matisses, Klees, Modiglianis post-mortem y su trono no ha vacilado. Le han enfrentado Kandiskys, Mondrianes, Vassarelis, Dalíes, Pollocks, Mathiews, Tapies, y su sobera-



nía ha salido afirmada. Fallidos los golpes de estado, vencidos los generales por el tiempo o la muerte —menos cruel—, el siglo se afana a celebrar los aniversarios del viejo león con la intención secreta de sorprender un indicio de fatiga de la augusta garra.

Ahora, con ocasión de su octogésimo quinto aniversario, se le invita a hacer acto de presencia en el Grand Palais de París donde se inaugura la más grandiosa exposición artística dedicada a un solo nombre viviente. y la respuesta del viejo adquiere toda la socarronería de un labriego andaluz cuando se le pide dejar el cortijo para ir a Sevilla:

—¿Ir a París? ¿A qué? Actualmente no tengo ningún dolor de muelas...

¡No, gracias! El viejo león conoce las trampas. Sabe que un homenaje suele ser un acto público para consagrar oficialmente la retirada, el doblar de la página, de una cabeza con laureles. Además no tiene tiempo, no le queda tiempo que perder a estas alturas fuera de su taller, de su jardín al sol del Mediodía, de su mujer y sus nietos. Lo que justamente es vivir. Lo demás es lo contrario, es hacer cosas, movimientos, gestos —generalmente hacia fuera— para demostrar que se vive, todavía. Periodista, ¿no es verdad?

El ardiente obsidiana de sus pupilas no ha perdido la viva llama de otros tiempos —el mismo sesgo racial de Ortega—, ni la acuciante intensidad de penetración para captar el matiz y el signo de lo estrictamente humano. Sócrates andaluz, como diría Lorca.

\* \* \*

El viejo ha logrado todo, ha conseguido todo y, por consiguiente, se ha permitido todo. Incluso hacer lo que le da la gana. Una real gana, desde luego, puesto que el patrimonio magistral de Velásquez —como el de El Greco actualmente— se ha visto aumentado y corregido por su obra y gracia. Pero, soberbio y elegante hasta el fin, nadie puede discutirle que el patrimonio que maneja pertenece a su estirpe original, como todo su universo plástico es posesión legítima de su genio creador, sin concesionarios. Así ha pintado “Guernica” —que es su obra maestra—, sin posibilidad alguna de referencias, y no “Las Señoritas de Aviñón”, que es el grito inicial o la culminación de una escuela estética cuyas raíces pertenecen al maestro de Aix-en-Provence.

Por este talante —muy hispano— de soberbia y elegancia moral, el viejo ha cedido sus creaturas al mundo vuelto de espaldas, ajeno a los conciertos intelectuales y a la maquinaria moderna de la propaganda que son fondo y forma, teoría y ciencia del arte actual y que, como tales, exigen pronunciamientos y posturas, dentro de las cuales es ya muy común la profunda disquisición auto-sico-filosófica para explicar la significación de una simple línea en un encuadramiento plástico cualquiera.

El viejo ha dicho... No, no ha dicho nada. No ha explicado nada. Ha hecho; y ha dejado que el mundo —los críticos inclusive— hablen de él, sin hacer uso del aleatorio derecho de réplica. Puesto que él es artista, no orador. Y porque es genial. Los límites del genio son mucho más es-



trictos que los del "homo vulgaris". Así, cuando los que logran captar su confianza despliegan hábilmente sus redes para hacerle hablar, el viejo les suelta con la mayor seriedad... "boutades".

—“Maestro: Pese a que usted es considerado generalmente como padre del cubismo, se discute hasta qué punto es válida esta singularización por cuanto Braque ha participado al mismo tiempo en la creación de esa corriente. ¿Cuál es su criterio?”

—Mi criterio es que si yo soy el padre, Braque debe ser la madre...”.

\* \* \*

Y es París, la misma ciudad que lo vio llegar en el otoño de 1900 como a tantos, mozo iluso buscador del Dorado, como a tantos, mozo utópico y dispuesto a dar a su brazo la altura de las estrellas; esta ciudad cruel y caprichosa, medusa de ambiciones y esperanzas, sirena de proyectos y quimeras; esta urbe enigmática y terrible, hada de la fantasía y harpía de la realidad, Meca deslumbrante y engañosa, Jerusalén arisca, es la que se rinde incondicional al viejo terco y rebelde que supo sorprenderla durante 66 años sin agotar sus recursos. La Esfinge que ha ungido el triunfo del mozo atrevido consagra ahora la apoteosis del viejo irreductible.

Los cobres y los oros viejos de las hojas de los Campos Elíseos no se reflejarán este otoño en las pupilas del viejo por el que levantan banderas las solemnes fachadas del Grand y Petit Palais. Los amantes de manos dulces y labios perfectos, los titiriteros trapeceistas del hambre y del frío, las madres lívidas, las madres felices, los niños de ojos como carabelas, los niños del rencor, los pueblos del odio y de la guerra, los pueblos de la esperanza, los caballos agónicos, los perros sin collares, las mujeres transidas, las mujeres ausentes, los hombres extenuados, los pierrots melancólicos buscarán desde el lienzo el rostro familiar de tal fecha, tal año, las pupilas que dieron razón a su existencia para siempre:

—¡Ven! ¡Mira! ¡Es la Gloria!

Y el viejo, a solas en su taller del Mediodía, posará un momento los pinceles y dejará vagar sus ojos cansados sobre el mismo horizonte que mide los mismos tiempos y distancias del quehacer humano, con una sonrisa imperceptible: “¿Quién es esa dama?”.

París, 1967.